



OTOÑO EN LLAMAS

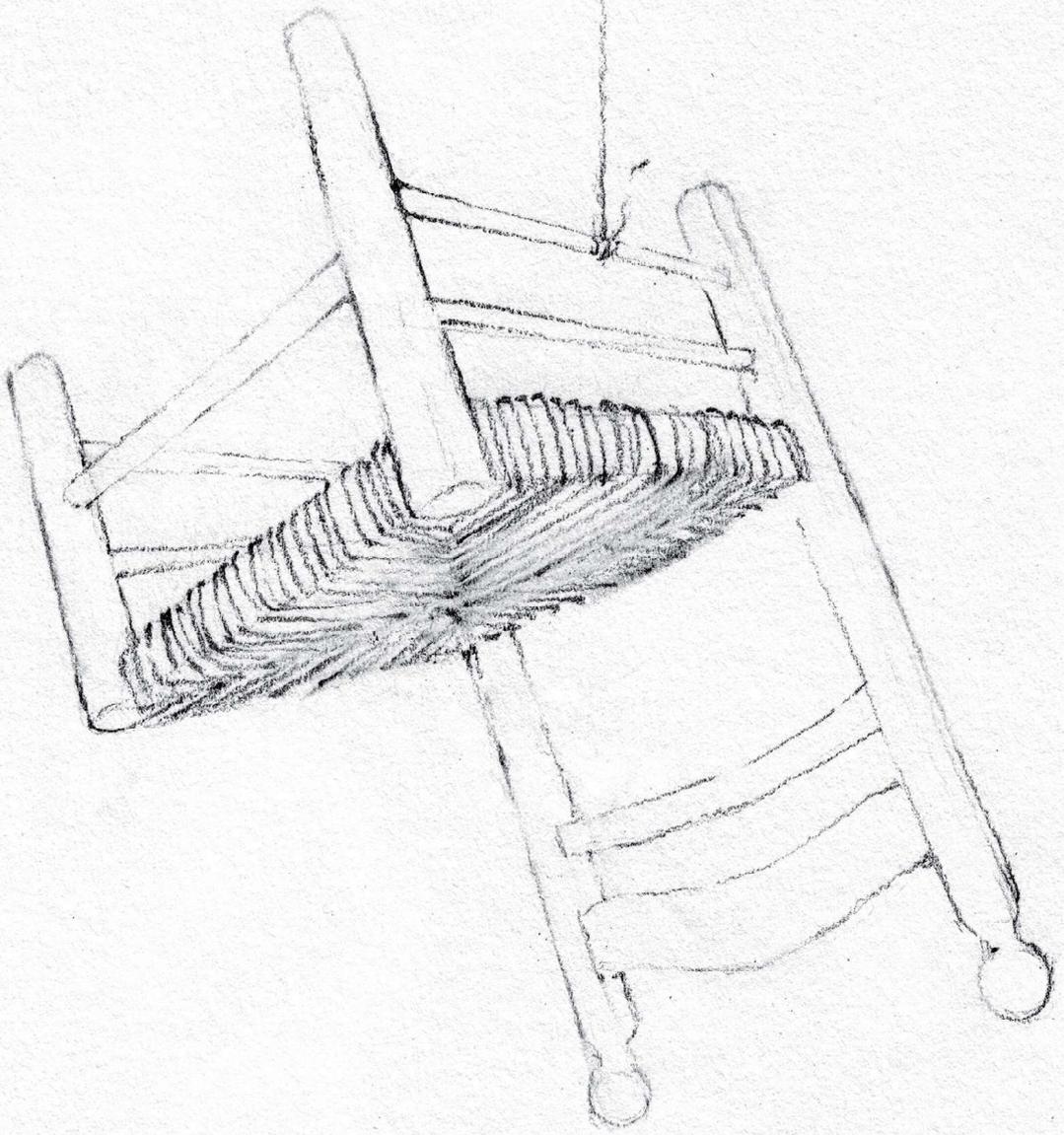
Como cada noviembre, las tristezas doradas
del otoño llamean
en los castaños. Sube de los barrancos hasta
la nieve de los picos un confuso revuelo
de amarillos y malvas y, entre las peñas, cuelgan
los pueblos como blanca ropa tendida. Todo
vuelve a la transparencia.
El silencio aún no ha dicho su última palabra.

La azada al hombro, un viejo
de estopa y cuero baja bordeando bancales
camino de Atalbéitar. En sus ojos azules
no hay preguntas. Le queda
la eternidad entera para que alguien le explique
qué es esto de la vida.

Como un zorzal tocado
por el plomo furtivo, una hoja marchita
desciende dando tumbos de lo alto del álamo.

RAFAEL GUILLÉN
De Los estados transparentes (1993)







RAFAEL GUILLÉN O TODOS LOS OTOÑOS

Antonio Chicharro

Universidad de Granada / Academia de Buenas Letras de Granada

El poema de tan feliz como expresivo título metafórico con el que su autor simboliza la paleta cromática de rojos, naranjas y amarillos del otoño, “Otoño en llamas”, forma parte del libro *Los estados transparentes* (Barcelona, 1993; y Granada, 1998² edición aumentada), un libro importante en el conjunto de la obra de Rafael Guillén tanto por lo que vino a aportar a la misma como por el reconocimiento que tuvo, incluido el Premio Nacional de Poesía.

El texto que nos ocupa es una pequeña tesela de diecisiete versos de transparencia y esencialidad en el citado poemario y, visto en su unicidad artística, viene a constituir un poema en cierto modo emblemático por cuanto con él invoca a través del topónimo Altabéitar, breve población de La Tahá de Pitres (Granada), toda una singular región montañosa nutrida de valles y barrancos que desciende de varias sierras del sur de España y, entre ellas, de la más importante, la de sierra Nevada. También, a través de la única figura humana que

puebla ese paisaje poético otoñal, la de un viejo campesino, nombra quintaesencialmente toda la cultura de base agrícola de una región. Me refiero, como se comprende, a la Alpujarra. Pero no sólo nombra de forma poética un espacio y cultura otoñales y en sostenida decadencia, como ahora diré, sino que en su discurrir de versos movidos por un ritmo de base heptasílábica y, con alguna excepción, regularidad acentual en sexta, pone en verso todos los otoños al simbolizarlos en la caída de una hoja marchita, como se lee en el penúltimo verso. Así pues, en esa hoja que cae de repente tocada por el disparo del paso del tiempo está toda la decadencia de una estación del año que anuncia la llegada del invierno. En esa hoja marchita, insisto, todos los otoños.

Ahora bien, si señalo ese ritmo heptasílábico y esa regularidad acentual cuando el poema cuenta con diez versos alejandrinos –acentuados en sexta y decimotercera sílabas– y siete heptasílabos –en sexta–, tan presentes en nuestra poesía desde la reno-

Amparo Moreno. *Emblema*, 2017
Grafito sobre papel
21 x 14 cm



vacación modernista y el posterior grupo del 27, es porque en mi lectura la obligada pausa medial de los versos de arte mayor los genera. Así, cuando leí por primera vez nuestro poema, me sirvió para reconocer en la cadenciosa partitura de sus versos la magistral lección que se deriva de, mediante pocos pero eficaces recursos retóricos –metáforas como “las tristezas doradas del otoño llamean en los castaños”, “Sube [...] un confuso revuelo de amarillos y malvas”, “un viejo de estopa y cuero”; símiles como “cuelgan los pueblos como blanca ropa tendida”, “como un zorzal tocado”; todo un verso metafórico, con base en una paradoja, “el silencio aún no ha dicho su última palabra” como un modo de nombrar la noche; y algún revaluado fraseologismo como “dando tumbos”– sobre la base de un uso poético de la sencillez verbal, traducir en palabras toda la luz amarilla y malva que cabe en un concreto atardecer de otoño, todos los signos de su hermosa decadencia inmersos en un mar de transparencia equinocial.

Por otra parte, como es marca de la casa, Rafael Guillén no da puntada sin hilo. Pocos poetas como él saben encauzar y presentar, cincel en mano, un complejo nudo de emociones e impresiones sucitadas por tal encumbrado espacio natural hacia un dispositivo formal que permita su vivificación por el lector. Así, por ejemplo, por lo que respecta a las tres estrofas del poema –dos de siete versos y una de tres–, éstas parecen servir para, en el caso de la primera, pintar poéticamente el tiempo que corresponde al mes de noviembre y un espacio natural sin figuras cuyo prota-

gonismo lo alcanzan las hojas amarillas, el malva de las laderas, los pueblos blancos en ellas salpicados y la transparente luz del atardecer. En la segunda, nuestro poeta llena ese paisaje con la figura de un viejo campesino que, de vuelta tras la jornada de trabajo, es expresión de la vida sencilla y transparente en su plenitud irreflexiva que nada espera sino sólo vivir. Y en la tercera, condensa en sólo tres versos conclusivos su visión en ese otoño alpujarreño de todo otoño cuando lo simboliza en esa caída de la hoja marchita que se precipita con tropiezos en el suelo.

Hasta aquí mis palabras que apenas dan cuenta de la honda emoción que me suscitó la lectura del poema como cuando, hace un número innumerable de años, cayó en mis manos “Noviembre 1913”, de Antonio Machado. En este poema pude comprobar cómo, a pesar de que Machado nombrara poéticamente el paisaje del valle del Guadalquivir a su paso por las tierras de Baeza, incorporando topónimos de montes y sierras, e incluyera la figura de un único sembrador en ese paisaje también de noviembre, terminó por dejar en su palabra esencial en el tiempo su visión del otoño sin adjetivos, al prevalecer lo general sobre la particularidad de ese espacio natural e histórico. Y la emoción por mí vivida con la lectura de “Otoño en llamas” se intensifica cuando asocio los textos de Antonio Machado y Rafael Guillén y descubro, más que una influencia, la magistral coincidencia de quienes miran poéticamente un otoño concreto y saben decirnos todos los otoños.